



CAPÍTULO 2

Después de tomar una ducha y un rato para desempacar, nos reunimos en la cocina para realizar el consejo de guerra. Mi hogar familiar en Gran Bretaña quedaba en un suburbio arbolado de Londres; la casa de Opal estaba en un área similar en Ciudad del Cabo: el distrito Zwaanswyck, un barrio próspero en la zona sur, con casas y jardines fabulosos. Ciudad del Cabo cuenta con uno de los mejores climas del mundo, de modo que todo lucía fresco y verde, excepto los flancos rocosos de la Montaña de la Mesa, que dominaba el horizonte. Un mantel de nubes cubría la cima, formado por la condensación del aire marino al chocar contra África. Milo Carr, esposo y alma gemela, era cirujano dental; Opal era abogada, pero se estaba tomando un descanso de su carrera para dedicarse a sus hijos. Su casa era un lugar muy agradable para pasar las vacaciones: una construcción larga y baja con un extenso jardín y una piscina circular, aunque durante los días más fríos y lluviosos de invierno, solo un avezado nadador se atrevería a darse un remojón. Y esa sería yo. Viniendo de Inglaterra,

pensaba aprovechar hasta el más mínimo rayo de sol y había preparado mi bikini por si se ponía más caluroso.

Pero lo primero era lo primero: el gran momento de Uriel.

Opal colocó tazas de café en la mesa de la cocina frente a nosotros, y luego trajo un plato con galletas caseras. A través del ventanal que se hallaba a sus espaldas, podía ver a las niñas jugando en las hamacas que colgaban del roble plateado en el extremo del jardín; Brand estaba sentado en un corralito manteniendo una seria conversación con Nutty, el labrador chocolate de la familia. Los dibujos y esculturas de las niñas decoraban hasta el último centímetro de los armarios de la cocina: una colección desordenada de unicornios, caras familiares, mariposas y animales autóctonos. Plantas en macetas se abrían felices mostrando sus flores en todos los espacios libres de los estantes y las repisas de las ventanas. Pensé que en el lugar reinaba un agradable desorden que debía adjudicarse al efecto relajado de Milo sobre mi tía, ya que ella era famosa entre sus hermanos por ser una obsesiva del orden: un buen ejemplo práctico del equilibrio que podía existir entre los distintos dones de las almas gemelas.

Tomé una galleta y le di un mordisco.

—¡Mmm, chispas de chocolate! ¿Tú las hiciste?

Finalmente, Opal se sentó arrastrando con ella una gran carpeta. Al arrojarla delante de Uriel, hizo volar las migas y produjo una onda expansiva que dibujó círculos en la superficie de su café desde el centro de la taza hacia afuera.

—Difícilmente, Misty. No tengo tiempo para cocinar. Estuve muy ocupada con esto. Willow hizo las galletas anoche con su padre.

–Felicitaciones a los cocineros –dijo Uriel mientras daba un golpecito sobre la carpeta–. ¿Qué es esto?

–Mi investigación –Opal bebió un sorbo de café–. Sobre tu potencial alma gemela. Estuve rastreando entre las que tenían la edad correcta y se ajustaban a las pistas de Crystal. Solo están las que figuran en la Red Savant, pero tenía que comenzar por algún lado. Para ahorrarte tiempo, reduje las posibilidades a una favorita –frunció ligeramente el ceño mientras repasaba el material–. Claro que no podemos descartar que exista otra candidata que desconozca que existimos.

–Eres muy exhaustiva.

–Entrenamiento legal –Opal se encogió de hombros como si eso explicase todo. También tenía un don savant para la restauración: regresaba cosas a su estado original, lo cual se llevaba bien con su compulsión a encargarse de todo hasta el más mínimo detalle. Habría sido formidable como restauradora de pinturas, pero había sorprendido a la familia al elegir el derecho. Explicó que prefería restablecer la justicia que devolver manchas de pintura a los cuadros de los grandes maestros–. Mi favorita es la primera de todas; no hay nadie que posea sus atributos. Verán que reuní mucha información acerca de ella, estudios cursados y aptitud profesional. Trabaja en el hospital Groote Schuur, en el departamento de pediatría. La pude conocer un poco cuando atendió a Brand por una fuerte infección respiratoria.

Normalmente tan controlado, la mano de Uriel tembló levemente al abrir la carpeta y observar la primera foto.

–Francie Coetzee –estudió la imagen mientras recorría el borde con el dedo y luego la apoyó en la mesa con expresión de sorpresa–. Raro, esperaba algo, no sé, *más* al verla.

Opal le lanzó una sonrisa comprensiva.

–No siempre es como un rayo, Uriel. Milo y yo no estuvimos seguros hasta que nos conectamos telepáticamente.

–¿Y luego? –pregunté sintiendo curiosidad por escuchar esa parte de la historia.

Opal esbozó una gran sonrisa.

–¡Sentí una especie de descarga eléctrica! –Uriel y yo nos reímos mientras ella se sonrojaba.

–¡Bien hecho, tío Milo!

–Sí, bueno –Opal se aclaró la garganta, demasiado tarde para ocultar su vergüenza al haber dejado escapar ese comentario–. Le pedí a Francie si nos podíamos encontrar en el café del hospital cuando terminara su turno. Mencioné que llevaría a unos parientes savants que visitaban Ciudad del Cabo por primera vez.

–¿Qué espera de nosotros? –preguntó Uriel.

–Le dije que Milo y yo éramos unos anfitriones muy aburridos, ya que los niños nos limitaban la posibilidad de salir y que me preguntaba si ella podría presentarles algunos jóvenes lugareños. Ya organizó una reunión para mañana por la noche. ¿Es demasiado pronto para ti?

–Sí –respondió, y luego tragó saliva.

Opal le dio unas palmadas en la mano.

–Échale un vistazo a la carpeta. Es una chica encantadora y brillante en su trabajo.

Uriel asintió, pero me di cuenta de que estaba decepcionado. Seguramente era por la falta de sueño y el cambio de horario, y se lo dije.

–Tienes razón. Lo consultaré con la almohada –levantó la carpeta–. ¿No te molesta si me la llevo a la habitación?

–En absoluto. Te avisaré cuando sea hora de almorzar –Opal juntó algunas migas con la mano en un nervioso gesto de limpieza.

Esperamos que Uriel abandonara la cocina para mirarnos la una a la otra.

–Dios mío –exclamó Opal–. ¿Crees que debería llamar a Crystal?

–No nos dejemos llevar por el pánico, tía. Es la primera candidata.

–Creo que me convencí a mí misma de que había realizado un buen trabajo y encontrado a la mujer correcta, pero ahora no estoy segura.

Brand comenzó a lloriquear porque Nutty se había ido con las chicas. Opal utilizó su poder de telequinesis para hacer que el osito de peluche bailoteara delante de él, y de inmediato el pequeño emitió una risa gutural.

–Es precioso –comenté–. Tan dulce. En el kínder, tendrá a todas las niñas detrás.

–Así son los chicos savant. Unos rompecorazones, todos. Solo espero que mañana Francie sea lo suficientemente fuerte como para asimilarlo. Debe haber sospechado que yo estaba tramando algo.

–¿Por qué?

–Su don es leer la mente. Por eso es tan buena en lo que hace: puede identificar hasta los pensamientos de la persona más confundida del mundo que no entiende por qué se siente mal. Me temo que debe estar esperando que suceda algo trascendental.

Tuve la sensación de que ya había mantenido antes esa misma conversación. ¿Había sido con Crystal? Todas las mujeres de mi familia parecían sentirse responsables de todo.

–No es tu culpa, tía. Hiciste lo mejor que pudiste. De todas maneras, yo estaré ahí para ayudarlos a descubrir la verdad.



Uriel utilizó todos sus recursos en su primer encuentro con su potencial pareja; surgió de la habitación afeitado, acicalado y vestido con una camiseta color verde con un árbol en el pecho y jeans descoloridos que resaltaban su hermosa piel dorada y su esbelto físico de ciclista. Yo surgi de mi habitación como si hubiera tenido un encuentro cercano con una podadora eléctrica. Había cometido la equivocación de lavarme el pelo antes de dormir, olvidando que mi loción para controlar los rizos se encontraba en un cesto del aeropuerto de Heathrow.

Apenas Uriel y Opal me vieron, levanté la mano.

–No digan nada. Ya lo sé

–Hey, Misty, ¿qué le pasó a tu pelo? Estás rara –Hazel entró a la cocina haciendo piruetas.

En ese instante, sentí un fuerte rencor hacia las trenzas pulcras y negras de Hazel. Opal había escapado a la maldición del pelo erizado que habían heredado algunos miembros de mi familia, de modo que sus hijos estaban libres de esa tortura.

–No luzco rara, Hazel. Solo estoy canalizando a mi alpaca interior.

Brand emitió un sonido semejante a un agudo rebuzno de burro.

–¿Qué fue eso? –pregunté.

–Creo que está imitando el grito de alarma de la alpaca –dijo Uriel mientras se arrodillaba junto al pequeñito–. Es genial. ¿Dónde lo aprendiste?

Brand aulló como un lobo.

–Discovery Channel –explicó Opal–. Cuando me doy vuelta, hace que Nutty le busque el control remoto. Adora los programas sobre la naturaleza. ¿Y tú te preguntas *por qué* todavía no regresé al trabajo? Imaginen lo que podría hacer Brand en una guardería –echó a reír y sacudió la cabeza–. ¡Milo, nos vamos!

El tío Milo entró desde el jardín llevando a Willow a caballo. Un hombre bajo, redondo y de frente amplia, el alma gemela de Opal estaba diseñado más para la comodidad que para la velocidad. Tenía un don para hacer que todo creciera y floreciera, por lo tanto era muy relajado estar cerca de él. Pero no ese día. En vez de calmarnos con palabras sabias, se veía nervioso.

–Espero que todo salga bien, Uriel. Estaremos alentándote desde aquí –se estiró y le dio la mano a su huésped. Otro más que enfrentaba la cuestión como una importante batalla.

–Muy bien, ya vámonos –me encaminé hacia la puerta antes de que Uriel se asustara demasiado.

Gracias a Dios, el viaje hasta el hospital no fue largo. Opal ingresó en la zona de visitas del estacionamiento y descendimos del auto al pavimento húmedo. La tarde se estaba volviendo soleada después de las lluvias tempranas; largas sombras se extendían delante de nosotros y parecíamos un grupo de aterrizaje de alienígenas. Dándole un codazo a Uriel, coloqué los dedos en los oídos como si fueran antenas y comencé a balancearme, esperando hacerlo reír.

–¿Qué rayos estás haciendo? –preguntó Opal mientras cerraba el auto oprimiendo un botón del llavero.

A esa altura, cualquier persona normal hubiera inventado una mentira, algo así como que se estaba masajando las sienes, pero yo no puedo.

–¿Imitando a un marciano? –disparé con tono de interrogación al darme cuenta de cuán estúpido sonaba.

–Misty, si no puedes tomarte esto en serio, quizá sea mejor que te quedes en el auto –mi broma no justificaba su tono irritado; ella también estaba nerviosa.

Uriel me sonrió.

–Está todo bien, Opal. Misty está tratando de que me relaje. Me siento un poco como un pez fuera del agua. ¿Sabes algo, Misty? Me recuerdas a Xav... de una forma positiva –colocó su brazo sobre mis hombros y caminamos juntos al encuentro de su destino–. Él es el payaso de la familia.

Nos sentamos con las bebidas alrededor de una mesa con un dibujo de mosaicos, cerca de la puerta de la cafetería. Los granos de café competían con el olor antiséptico del vestíbulo del hospital... La cafeína ganaba por poco. Al revolver mi *frappuccino* de frambuesa, disfruté del efecto marmolado a través del vidrio transparente del vaso. Opal echaba miradas al reloj a cada minuto.

–Está retrasada.

–Supongo que en su trabajo, no puede largar todo apenas termina su turno –comentó Uriel en voz baja mientras agitaba la pierna nerviosamente debajo de la mesa. Tenía que hacer algo para que se tranquilizara o el primer día del resto de sus vidas sería uno muy incómodo.

–Escúchame, Uriel. Si en lugar de un ser humano fueras un animal, ¿cuál elegirías? –mi mente seguía dándole vueltas al tema de la alpaca, de modo que esa fue la primera pregunta que se me ocurrió. Me gustaban las conversaciones sobre cuestiones hipotéticas, ya que no involucraban mentiras y no había nada que me hiciera rechinar los dientes.

–Misty –era asombroso lo parecida que Opal sonaba a mi madre.

–Está bien. Está intentado distraerme mientras esperamos –al menos él me entendía.

Mi tía lanzó un extraño resoplido por lo bajo. La catalogué como un poni moviendo las crines en señal de desagrado.

–Yo comenzaré. Siempre pensé que me gustaría ser un delfín –confesé–. Tienen una fabulosa habilidad para nadar combinada con una enorme sonrisa: son perfectos, ¿no creen?

Desde atrás de Uriel, se acercó una mujer, el estetoscopio en el bolsillo. Francie: tenía que ser ella. Pequeña, con una melena corta y castaña que enmarcaba un rostro muy delicado, me dio la impresión de que era muy joven para llevar la chaqueta de doctora, y me recordó a Peace y a Felicity cuando las pesqué probándose los tacones de mamá.

Con la aparición de Francie, el rostro de Opal se iluminó, pero Uriel todavía no la había visto. La mujer se detuvo para no interrumpir, ya que Uriel había comenzado a hablar.

–Si yo fuera un animal, sería un... –se frotó el pecho y luego se inclinó hacia adelante al ocurrírsele una idea–. Sí, sería un cóndor. Imaginen lo que sería volar por encima de la Cordillera de los Andes. Increíble –estiró los brazos.

–Sí, sería increíble –comentó Francie.

Uriel se levantó de un salto, las patas de la silla resbalaron por el piso emitiendo un horrendo chirrido. Si hubiera sido un cóndor, habría lanzado un graznido de sorpresa y largado algunas plumas.

–Hola a todos. Soy Francie Coetzee –estrechó la mano de Uriel con naturalidad–. Supongo que debes ser Uriel. Es bueno verte

otra vez, Opal. Y ella tiene que ser tu sobrina; Misty, ¿verdad? –preguntó mientras reía–. Quiere decir *neblina*, ¿no? Suena extraño llamarse así en un día de sol.

–Sí, me lo dicen muy a menudo.

–Lo siento. Me lo imagino. Bienvenidos a Ciudad del Cabo –se quitó la chaqueta blanca y la dobló sobre el respaldo de la silla–. ¿Puedo traerles algo?

–Estamos bien, gracias –Uriel señaló las bebidas casi sin tocar.

–Vuelvo en un segundo –se dirigió al mostrador para pedir un café.

Había intentado no mostrarme nerviosa por Uriel, pero ya no pude contener más mi emoción.

–¿Y?

Los ojos de Uriel siguieron a Francie mientras conversaba en la barra.

–No sé. No estoy seguro de lo que debería sentir.

Opal no se veía contenta; había pensado que tenía el caso resuelto.

–Por favor, Uriel, dale una oportunidad. Es una pareja perfecta por la edad.

–Opal, no es que no esté agradecido por todo tu trabajo. Ella es bonita y talentosa, pero no siento que se destaque entre la multitud... y mis hermanos dijeron que eso fue lo primero que notaron de sus parejas.

–Espera que regrese y prueba con telepatía –me moví nerviosa en el asiento por la tensión y la decepción de Uriel. No había imaginado así ese momento: había esperado la descarga eléctrica, y no recibíamos ni una chispa. ¿Acaso tendríamos que

hacer venir a Crystal? Le había prometido encargarme de todo y la estaba defraudando.

Un hombre sentado delante de nosotros, que había estado compartiendo pacíficamente un bocado con una mujer embarazada de varios meses, se levantó repentinamente de un salto y dio un golpe en la mesa. La futura madre se quedó mirándolo conmovida.

–¿Qué quieres decir con eso de que no es mi bebé?

–¿Yo dije eso?

–¡Claro que sí!

–Iba a contártelo... tarde o temprano.

El hombre arrojó las llaves sobre la mesa y se marchó.

–Me iré a casa en autobús.

–¡Mason, Mason! –la mujer recogió las llaves y salió de prisa tras él–. ¡Lo siento!

–¡No sé cómo puedes decir algo semejante! –exclamó una enfermera que pasaba con dos amigas–. Siempre decías que te gustaba Benjamin. Él no es un monstruo.

Había levantado la barrera que resguardaba mi don.

Opal se puso la cabeza entre las manos al descubrir lo que estaba sucediendo. Yo me sentía sumamente nerviosa. Era mucho más fácil perder el control que recuperarlo, después de llegar a cierto punto. Como en un juego de palillos chinos: fáciles de arrojar; casi imposibles de recoger sin mover los demás.

–Haz algo –me rogó.

–Lo estoy haciendo –intenté levantar los palillos de la verdad que se me habían escapado. El corazón me latía con fuerza. Tenía que recuperar el control antes de que Francie regresara, pero ella ya estaba volviendo a la mesa.

–Odio mi trabajo –gruñó el camarero a una sorprendida mujer que le había pedido que le limpiara la mesa. Llevaba un distintivo que declaraba: “Estamos deseosos de ayudarlo”.

–¿Entonces, por qué está trabajando acá si le resulta tan difícil complacer a una clienta?

El camarero abrió la boca con toda la intención de disculparse por sus malos modales, pero en cambio contestó:

–Las clientas como usted están siempre descontentas. No puedo soportar a las personas quejosas.

Francie regresó con un café con leche con mucha espuma.

–Por fin: me lo merezco después de pasarme el día lidiando con fastidiosos especialistas –frunció el ceño–. ¿Dije eso en voz alta?

–Me temo que sí –Uriel se veía ahora tristemente divertido–. Misty está atravesando uno de sus momentos.

Francie volvió su atención hacia mí. Si podía leer la mente, tenía que saber que la mía estaba gritando *¡Socorro!* y *¡Perdónenme!*

–¿Tiene el don de la verdad?

–Maldición querrás decir –mascullé.

–¿Y perdió el control porque estaba... –los ojos de Francie giraron rápidamente hacia Uriel– preocupada por el hecho de que tú no fueras mi alma gemela después de todo? Opal, ¿qué estuviste tramando a mis espaldas?

Mi tía no podía eludir esa pregunta con una mentira, como podría haber hecho en circunstancias normales.

–Quería que Uriel te conociera porque creemos que existe la posibilidad de que formen una pareja. Una fuerte probabilidad. Sus fechas de nacimiento son cercanas, y una localizadora

de almas gemelas le dio un indicio a Uriel que mencionaba un edificio blanco en Ciudad del Cabo. Yo pensé de inmediato en el hospital.

Francie volteó hacia Uriel.

–Lo siento. Y realmente eres un hombre fabuloso, pero no hay posibilidad, aun cuando tengas ese dato de la rastreadora de almas gemelas.

–¿Por qué? ¿No deberíamos al menos probar con telepatía?

–Uriel parpadeó ante el rechazo tan contundente.

–Créeme, estoy segura –Francie le dio una palmada en la mano.

–¿Cómo puedes estarlo? ¿Ya has localizado a tu alma gemela?

–No.

–¿Entonces?

Bebió un sorbo de café, los ojos echando chispas por encima del borde de la taza.

–Me temo que mi alma gemela se va a parecer más a Angelina Jolie que a Brad Pitt.

Ups: aparentemente, la investigación de Opal había pasado por alto algunos datos esenciales de Francie.

Nunca había visto a Uriel tan ruborizado.

–Un momento incómodo –susurré.

–Te pido disculpas por hacerte perder el tiempo –dijo Uriel con frialdad.

–No te preocupes. Y no pienso que me hayas hecho perder ni un segundo de mi tiempo. Gracias por pensar en mí. Me siento halagada –sorbió el café mientras evaluaba a Uriel con la mirada–. No serás mi pareja, pero estoy pensando que sería una buena idea presentarte a mi hermana melliza.

–¿Melliza? –Uriel pareció haber recibido un segundo puñetazo inesperado. Por suerte, estaba sentado.

–Sí, se llama Tarryn. Y te puedo asegurar que no te arrepentirás.

No pude evitarlo y lancé una risita nerviosa. Las riendas del control, que había logrado sujetar con tanta dificultad, volvieron a soltarse a los cuatro vientos. Opal iba a sentirse muy avergonzada por haber metido a Uriel en esa situación.

–¿Tienes una hermana melliza? –Opal se veía horrorizada–. ¿Cómo se me pasó?

–Porque ella mantiene un perfil bajo dentro de los círculos savants... y no participa de la Red. Considera que su don es... desagradable y trata de mantenerlo oculto –Francie me dio un codazo–. Por mucho que me agrada oírte reír, ¿podrías hacernos un favor a todos, Misty, y dominarte antes de ser responsable del despido de varios de los empleados del hospital?

–Creo que es mejor que me vaya. Los espero... –me dio un ataque de hipo–. Los espero en el auto.



Cuando Uriel, Opal y Francie se aproximaron al Volvo, yo ya había recuperado el control.

–¿Todo bien? –pregunté.

–Sorprendentemente, apenas te marchaste, todo retornó a la normalidad –comentó Francie secamente.

–Lo siento.

–¿Estás lista para ir a conocer a mi hermana? Cuando Opal me pidió que les presentara gente de su edad, yo arreglé para llevarte a una barbacoa que organizó Tarryn esta noche para parte de su alumnado. Son de tu edad, Misty, por lo tanto había

pensado que sería más divertido para ti que tener que salir con mis amistades.

Me di cuenta de que Francie dudaba si debía llevarme a la reunión social de su hermana, especialmente dado que Tarryn podía ser “la indicada” (segundo intento). Pensé que debía ser Uriel quien lo decidiera.

—¿Quieres que esté allí? —*No te sientas herida si dice que no*, me dije a mí misma. Por supuesto que me sentiría herida, pero me esforzaría por no demostrarlo.

Uriel se tomó un momento para responder mientras armaba la respuesta más diplomática posible, sabiendo que yo percibiría si se trataba de una mentira.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo. Pero, Misty, ¿piensas que podrías, ya sabes, tener tu don controlado?

—Lo prometo. Me voy a esforzar como nunca —dibujé una cruz sobre mi corazón.

—Entonces está todo arreglado. Mi auto está allá —Francie saludó con la mano a Opal—. Yo los llevaré más tarde a tu casa. Dale un beso a Brand de mi parte.

Se veía que a mi tía le habría gustado quedarse para presenciar la etapa siguiente de la búsqueda, pero había prometido regresar a la hora en que los niños se iban a dormir.

—¡Buena suerte! —gritó Opal al entrar al auto.

—Tarryn nos está esperando —Francie nos condujo hasta un BMW convertible color blanco—. La mayoría de las personas de la fiesta no tienen nada que ver con nosotros, los savants, de modo que si sucede —miró a Uriel de reojo—, ¿puedes buscar un lugar privado? No le avisé nada a mi hermana.

—Por mí no hay problema —dijo Uriel mientras sus labios se

curvaban en una sonrisa que sugería que estaba pensando profundamente para qué podría utilizar la privacidad con un alma gemela recién descubierta. Después del impacto en su confianza que debió haberle provocado conocer a Francie, percibí que era de los que se recuperaban rápidamente.

—¿Te sientes confiado? —pregunté suavemente.

—Sorprendentemente, sí; aunque se podría pensar que aprendí de lo que acaba de ocurrir a no esperar que todo salga bien. Tarryn. El nombre me encantó desde el principio.

Le di una palmada en el hombro.

—Genial.

La hermana de Francie vivía en una casa en un barrio residencial de Ciudad del Cabo, llamado Rondebosch, no muy lejos del hospital. Emplazada en el terreno del colegio donde Tarryn trabajaba, la hermosa casita tenía una galería cubierta que se extendía a lo largo de toda la construcción, rodeada por un jardín que no necesitaba del cuidado del tío Milo para florecer. Más allá de la cerca, la exuberancia se extendía por un campo de deportes de varias hectáreas, con los postes blancos de los arcos de rugby, las redes de los arcos de fútbol que se agitaban con el viento y un pabellón de cricket. En todo el colegio reinaba un aire de privilegio y opulencia.

Al atravesar la verja, vi que la fiesta ya había comenzado. Los invitados parecían ser predominantemente varones, vestidos con camisas blancas y pantalones largos o bermudas azules. Divisé los edificios blancos del colegio un poco más lejos. Después de todo, tal vez Crystal había tenido razón.

—Permíteme adivinar: este es un colegio privado para varones —dije mientras mi incomodidad iba en aumento. Cuando

Francie había dicho “gente de mi edad”, yo había imaginado que se refería a mujeres. Nunca me llevé bien con el sexo masculino. Jamás. Tenía la habilidad social de una jirafa en una pista de hielo.

–Sí, por supuesto. Son chicos encantadores. Muy maduros para su edad.

Y yo era el tipo de chica que imitaba a los marcianos, y mi cabeza parecía una bola de pelos. Debería haber aprovechado la oportunidad y regresado a casa con Opal. Como si escuchara mis dudas, Francie me sonrió por el espejito retrovisor.

–¿Puedes verla? –obviamente, los pensamientos de Uriel viajaban por un camino completamente diferente a los míos.

Estoy ahí para ayudarlo a Uriel, me recordé. Yo no soy importante.

Francie estacionó delante de la casa, se bajó y saludó con la mano a una mujer que se encontraba al lado de la parrilla. Un hombre más grande con un sombrero de cocinero empuñaba unas pinzas con las que giraba las hamburguesas.

–¡Qué bueno que viniste! –la hermana de Francie se acercó a nosotros para saludarnos.

–Dios mío –dijo Uriel en voz baja.

Tarryn merecía semejante admiración: era tan bonita. Piernas largas y tostadas con shorts azul marino; elegancia de bailarina y rizos castaños. Me pregunté cómo harían los chicos de su clase para concentrarse. Sin embargo, su rasgo más llamativo eran los ojos: cafés y enormes, con pestañas largas y oscuras. Algo hizo ruido en mi interior... y supuse que Uriel estaba experimentando algo cien veces más fuerte. Estaba segura de que sería su pareja correcta de una manera que iba más allá de su aspecto exterior.

Para mí, fue como la sensación que tengo cuando oigo a alguien decir toda la verdad y nada más que la verdad.

Tarryn trastabilló.

–Francie, ¿qué pasa?

Su hermana parecía muy divertida.

–Explícamelo tú –respondió cruzando los brazos y retrocediendo para que ellos pudieran actuar.

–Tarryn Coetzee, soy Uriel Benedict, tu alma gemela –cuando estiró la mano, alcancé a percibir sus ojos brillantes por las lágrimas.

–¡Bien! –exclamé y lancé un golpe en el aire.

Tarryn extendió la mano y dejó que Uriel la envolviera en la suya. Su conmoción era tan grande que la pobre mujer tenía el aspecto de haber recibido un golpe en la cabeza con un elemento contundente. Uriel la atrajo hacia él para abrazarla hasta que consiguiera recobrar el equilibrio. La conversación entre ellos se llevaba a cabo telepáticamente. Se los veía tan perfectos; enlazados en la cintura, los cuerpos levemente separados y las cabezas juntas de modo que las siluetas dibujaban naturalmente la forma de un corazón.

–Vamos, Misty. Es mejor que los dejemos solos. Deja que te presente al resto de la gente –Francie me tomó por el codo.

–Lo sabías, ¿verdad?

–Digamos que, apenas lo vi, me produjo una muy buena sensación. Mi hermana y yo no somos idénticas, pero puedo sentir sus emociones de vez en cuando.

Les eché una mirada. Uriel conducía a Tarryn por el jardín hacia los arbustos, donde podrían ocultarse de los demás invitados.

–Es rápido –murmuré.

–Pero no estás realmente sorprendida –Francie debió de haber leído mis pensamientos.

–Deberías ver al resto de sus hermanos. Es un gen familiar –señalé. Solo deseaba que, cuando llegara el momento de conocer a mi alma gemela, se pareciera a los hermanos Benedict.